

GACETA MÉDICA DE MÉXICO.

PERIODICO

DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA DE MÉXICO.

TOMO XXXVI

MEXICO, 1º DE OCTUBRE DE 1899

NÚMERO 19

PSIQUIATRÍA.

Algunas palabras sobre el suicidio.

En todas las circunstancias y en todos los tiempos, cuando han pesado sobre el hombre, sobre la sociedad, sobre la patria males de imposible ó difícil remedio, ha sucedido que durante un período más ó menos prolongado, la aflicción se impone sobre el juicio ya sea el particular, ó el colectivo de la sociedad; así por ejemplo: la quiebra que sufre un comerciante honrado le ofusca á tal grado que se ve obligado á secuestrarse, á darse una muerte civil que lo nulifica y lo precipita en la miseria; la fobia que acobarda al grupo compuesto de pusilánimes, hipochondríacos, etc., durante la epidemia mortífera que azota á una población, hace que la imaginación de cada uno de esos infelices, esté continuamente vigilando, observando el progreso de la calamidad pública, ávido siempre, por más que esto le atormente de oír la relación de los casos funestos durante el día y en la noche pasar todas las horas cavilando, devanándose los sesos para encontrar un medio para escapar, y el no encontrarlo le aterra, no obstante que el mejor que le pudiera valer, el paciente lo aleja con su nimia cautela, que debilita, por no decir destruye la energía de la resistencia vital. La fortuna abandona al ejército que defiende á la patria, la derrota de una de sus divisiones en vez de producir emulación noble en los generales que aún no entran en campaña, siembra la desconfianza que es causa de la temible desmoralización que desorganiza al cuerpo de defensa y muy cerca se encuentra la discordia que engendra odios en los militares que se culpan unos á otros y principalmente al que es jefe de todo el ejército, ¡Y cuántas

ocasiones no ha habido en las cuales la guerra civil aflige á la patria, al mismo tiempo que el enemigo avanza ocupando las ciudades y plazas fuertes!

No mueren tantos quitándose ellos la vida, cuantos por el cólera ó por el tifo, y sin embargo se aflige más, y con razón la sociedad cuando hoy uno, mañana dos y así siguen por época indefinida los suicidios, que cuando se está sabiendo durante dos meses que sucumben cada día 50 ó 60 coléricos ó tíficos, y con mucha justicia sucede esa afección porque la plaga del suicidio es hija de una inmensa calamidad social, cual es la horrorosa ceguera de la razón que no puede distinguir nada más allá de la tumba en las tinieblas de la nada, y por desgracia esa ofuscación del entendimiento es ya una endemia que por cualquier motivo se convierte en epidemia que se ceba en los escépticos y desmoralizados, numerosos en las sociedades degeneradas por la incredulidad. La sociedad ó por lo menos una considerable parte de ella solo cuenta, espantada, los casos de suicidio o se entera con espanto de lo que sucede en estas catástrofes.

La muerte del suicida es sin duda el fin funesto de una afección. Muchos médicos en la actualidad, generalizan dogmatizando la causalidad morbosa ó teratológica de los crímenes y por tanto, el suicidio, es según aquellos, efecto de enfermedad ó de defectuosa organización, y por tanto, la responsabilidad es nula ó atenuada en esa clase de desventurados. El católico ve más allá de esa generación morbosa, un germen pestífero que no pertenece ni á microbios ni á celdillas deformes, es el que engendra primero la duda y después la negación de la inmortalidad del hombre. Quien duda á este respecto, puede estar en los prodromios del crimen ó de su congénere el suicidio, el que niega no tiene retentiva para dejar de cometer una acción reprochable, si la pasión enerva el ánimo. La *melancolia anglica* como llamó Sauvages al suicidio, no es tanto afección física como psíquica determinada en la mayoría de casos por una sugestión prevenida de la sofisticación, ó adulteración mejor dicho, de la moral: lo que significa, que según sea la manera de entender de cada degenerado la moral, así será el origen de la tal *melancolia*. Aquel pues, que creyendo en un Ser Supremo supone que por su Grandeza no se digna ocuparse de las pequeñeces de la tierra; no teme al *ultra-tumba* que es bajo esta opinión, la aniquilación completa de los mortales, y por eso no vacila en preferir la asfixia por el carbón á la desgracia que aflige,

no acordándose el desventurado que aun en este supuesto, ni el dolor ni el goce son perennes en la vida; el otro que supone que la bondad de Dios supera á su justicia, tiene ó se lisonjea en tener la convicción de otra vida de bienaventuranza eterna, sin temor del castigo sin fin, y con tal fe no debe contener la mano que ha de herir de muerte al que piensa sufrir sin esperanza de remedio, y como éstos hay una abundante cantidad de tipos entre los que está el que es más repugnante, característico en los tiempos que corren: aquel que niega á Dios, y, por tanto, á la inmortalidad y que para él es lo mismo en la consideración de las consecuencias finales, la causalidad de la virtud y la causalidad del vicio. Para los hombres de esta categoría es muy á propósito el suicidio y acontece que para uno es preferible ser su propio verdugo á que lo vea morir el pueblo en el patíbulo; que otro perdiendo en el juego lo ajeno y no atreviéndose á ir á prometer al ofendido, que el afán unido al arrepentimiento, pagarán pronto la deuda, y lavarán la mancha, si se aplica la pistola en la sien; el joven apasionado y no correspondido en su amor ardiente ó herido su orgullo celoso, traga el cianuro ó asesina á su prometida y luego se mata. En tales angustias, ninguno de esos desdichados escapa de sucumbir tan tristemente si la obsesión está favorecida por la vanidad de suponer que los libre-pensadores aprobarán su conducta, que el público fijará la atención en el acontecimiento, que las coronas y las flores adornarán su tumba.

De la patogenia de una enfermedad social lo mismo que de su remedio, puede ocuparse una academia de medicina como lo puede hacer la que estudia las ciencias filosóficas; por esta razón no he vacilado en venir á distraer vuestra atención en bien de la humanidad, á quien pertenecen padres y madres profundamente heridos con pesadumbre incomparable y sin término hasta la muerte; pues si yo que he visto morir á mis hijos por enfermedad, el tiempo no mitiga mi dolor que se exagera con cada recuerdo que viene en varias horas del día, que no puedo sin pena ver á los jóvenes que en algo ó mucho se parecen á los míos ¿cuál será esa herida que no tiene anodino que mitigue el padecer de quien ha visto morir de tan horrible manera á su hijo? Yo creo que no hay ni puede haber persona que agobiada por tan incesante padecer se ocupe en describir el tormento que lastima tan profundamente el corazón.

Y para qué, dirá un creyente, ha de perder el tiempo una Corpora-

ción médica ocupándose del suicidio que no es causado por lesiones materiales del cerebro, ni los pacientes pueden ser socorridos con eficacia por el especialista, cuando el mal proviene del materialismo, por la pseudo-filosofía, etc., cuando el remedio teniéndolo cerca se le desprecia, pues hoy la sociedad es como niño mimado y enfermo que aborrece á su madre porque le trae el odiado medicamento, y reflexionad dirá, no puede haber ya discusión en lo que está ya demostrado y es que la religión verdadera ofrece en este caso, lo que al mismo tiempo que es profiláctico, es remedio eficaz para curar enfermedades sociales. Por otra parte dirán también los que poco ó nada se preocupan respecto de la influencia que tenga la moral religiosa sobre las costumbres y comportamiento de los individuos en la época actual, que no debe una academia médica separarse del programa que le ha marcado la naturaleza de su institución para hacer perder el tiempo en discusiones que pudieran degenerar en ataques á la libertad de conciencia y en personalidades. Es cierto que la Academia no debería tratar de la causa primera y predisponente del suicidio por ser bien conocida, y verdad también que estando en el seno de la Corporación personas discrepantes en opiniones religiosas, sería difícil y peligrosa una controversia de tal naturaleza, en la cual tendrían que tocarse puntos de dogma ó de libertad del pensamiento; más se debe reflexionar en que son positivos los orígenes de la plaga que azota hoy á la humanidad, cuya calamidad se ha observado en épocas en las cuales han dominado males sociales. Además no choca que se ocupe la atención de los médicos con enfermedades que como el alcoholismo y la sífilis, pecados en contra de la moral y cuyos males siempre han procurado los médicos además de remediarlos, prevenirlos.

En dos notables épocas el suicidio se ha propagado y se ha convertido en calamidad endémica; en ambas la negación y la duda han ofendido á la divinidad. En el tiempo del paganismo, de todos aquellos hombres que no creyeron en el absurdo del politeísmo, muy pocos fueron los que reconocieron á un Dios único y Señor del Universo, los más cayeron en error mucho más lamentable que aquel de que se emanciparon; todos negaron á la Divinidad una ó múltiple. Entonces, para los politeístas el suicidio era virtud, para los ateos necesidad. En la época de los dos siglos de la Revolución, el XVIII y el XIX, los que se han envanecido con el título de filósofos han sabido aprovechar los sufrimientos de los plebeyos para hacer nacer un odio tremendo, no solo en contra de

los reyes y tiranos, sino también contra la Divinidad y si tal odio pudo derribar el trono, ha sido nulo en contra de Dios en cuanto á fuerza, inmenso como pecado que es de ingratitud suprema y en el despecho de la impotencia se contenta con negar á la Divinidad. En relación con el avance de la pseudo-filosofía y del ateísmo en los dos siglos mencionados, ha seguido la propagación del suicidio y tanto hoy como en el tiempo del paganismo, si acaso no ha habido quien lo califique de virtud, si hay muchos que lo suponen necesario en frecuentes circunstancias de la vida. Hay, pues, por desgracia, un número considerable de indiferentes y de ateos no ven con horror el acto de quitarse la vida, al contrario, lo consideran tan natural y preciso en los grandes infortunios, que á menudo se oye decir: "si á mí me sucediera ésto, me daba un tiro," "es menos malo matarse que continuar sufriendo este dolor." Es una amenaza corriente del que sufre una enfermedad si no cree en Dios la que se dirige al médico para interesarlo en la curación, el manifestarle que si no se alivia se dará un balazo y todo esto sería ridiculo si no estuviéramos todos los días sabiendo que los que se cansan pronto ó tarde en la trabajosa peregrinación de la vida, se la quitan creyendo que así han de descansar. No hay, pues, lugar á la duda, el mal está extendido en toda la tierra.

Está ya el terreno preparado para recibir el abono y dar después abundante cosecha. La prensa indiferente ó impía con las novelas y periódicos; el teatro con los dramas y las óperas trabajan en el campo sembrado; cada uno de aquellos que está dispuesto para ser su asesino compone el epílogo de su novela que en él es historia según sea su gusto literario ó el desenlace de su propio drama es conforme con su afición cómica. En medio de la oscuridad en que se encuentra la ciencia respecto del conocimiento de los órganos á quienes pertenecen las funciones psíquicas, es de suponer con mucha probabilidad de certidumbre que en las regiones del cerebro dedicadas al cumplimiento de esas funciones, ha de haber elementos celulares nerviosos obligados á trabajar bajo la excitación que reciben de una manera uniforme en relación con su estructura íntima especial, estructura que debe variar en cada clase aunque no pueda distinguirse su diferencia con los medios con que hoy se cuenta, también es cierto que no obstante el misterio en el cual tiene ocultas la naturaleza las propiedades admirables de cada uno de los elementos dedicados exclusivamente á las funciones psíquicas, á veces fu-

gazmente, las más por tiempo prolongado é indefinido, como lo prueba la facultad de la memoria, proviniendo seguramente esas diferencias ó de la fuerza de la impresión ó de la duración de la acción de la causa que impresiona, resultando de todo esto el olvido pronto ó el recuerdo duradero ó el grabado imperecedero en los órganos de la memoria; mas es necesario tener en cuenta que la cualidad de esta facultad depende sin duda, principalmente, del número y de la perfección de estructura de los elementos que componen el órgano, y por estas circunstancias hay la variedad de las memorias que caracteriza la facultad que posee cada individuo como la memoria de las fechas, de los nombres, de los lugares, etc; á mayor riqueza de elementos, mayor-capacidad en la facultad; celdillas sanas, bien conformadas. memoria más ó menos indeleble y de las combinaciones diferentes de tantas condiciones en que se puedan encontrar los elementos nerviosos y sus excitaciones, resulta la serie de variedades respecto de la facultad de la repetida memoria, no solamente considerada en diversos individuos, sino también en cada uno en particular.

Los elementos nerviosos que entran en actividad en el ejercicio de las funciones en cada facultad, no solamente obran bajo el impulso exterior de los elementos de los órganos respectivos, produciendo el efecto consiguiente, ellos obran también por las relaciones que tienen con los demás elementos nerviosos, siendo todos agentes activos, ó pasivos, de lo cual resulta que las facultades se subordinan unas á otras como sucede con el recuerdo de un objeto amado que mueve á la facultad afectiva. El ejercicio obra sobre las celdillas nerviosas de la misma manera que las otras que componen los órganos diferentes del cerebro, y como éstas se robustecen con la actividad cotidiana y prudente, del mismo modo mejoran aquellas con el frecuente ejercicio, por lo cual las facultades mentales progresan en capacidad en relación con la cordura y templanza usadas en el trabajo cotidiano de los órganos respectivos. Si falta la prudencia, ya sea por demasiado trabajo, ya sea por la mala elección ó fin del mismo, ya sea por carencia de método ó por no saber elegir el modelo que se ha de imitar, resultarán vicios que dañarán de diferentes maneras las funciones fisiológicas en razón de la impresión frecuente y repetida que producen sobre los elementos nerviosos las malas incitaciones. En cada facultad se nota por el modo de ejercerse cuál ha sido el estímulo que ha obligado y enseñado á su órgano á moverse, sin que por esta circunstancia se olvide la parte muy prin-

cial que tiene el mismo órgano por su modo de ser. El juicio, el criterio, el gusto, etc., dependen muy principalmente de la clase de ejercicio á que se entrega el hombre estimulado por los agentes que lo incitan á menudo. Los maestros, los libros, los compañeros, los modelos, etc., graban con caracteres casi indelebles imágenes é ideas que dependen de las ideas é imágenes ingeridas por la educación literaria, moral, pasional, proporcionadas por las personas superiores que se imponen, influyendo poderosamente sobre el educando para asemejárselo en el genio, en el carácter. Las tribulaciones públicas se imponen poderosamente sobre la moral del pueblo exaltándole ó abatiéndole hasta la exageración, haciendo nacer pasiones públicas que determinan la comisión de crímenes espantosos ó la práctica de virtudes heroicas; los efectos de esas sugestiones poderosas que influyen sobre las multitudes, la historia nos los muestra en cada pueblo y en cada época. Así pues, es incuestionable que si la generalidad ó un gran número de individuos en una nación discurre bajo un mismo criterio, los actos que tienen relación con éste, en cada uno de los individuos han de ser acordes con el modo de juzgar de la mayoría, de lo cual se sigue lo frecuente ó mejor dicho lo cotidiano que caracteriza las costumbres, á las opiniones, á las creencias del pueblo y la repetición en el ejercicio de esos actos constituye, se puede decir, lo que se llama una segunda naturaleza, ó lo que viene á ser lo mismo, una necesaria propensión á obrar cada personalidad tal cual obran las que la rodean, necesidad que proviene principalmente de las impresiones ó excitaciones consuetudinarias que sufren los elementos nerviosos que están, entonces, obligados á funcionar á cada instante, en razón de la frecuente excitación causada por agentes invariables.

Si las impresiones cotidianas y repetidas de los elementos nerviosos son buenas, opuestas al vicio, los actos verificados á causa de las excitaciones saludables tendrán la cualidad de la bondad y por consiguiente las costumbres serán también buenas que siendo así generales en la masa del pueblo, determinarán las virtudes públicas, es decir: que la buena *ingesta moral* producirá salud moral pública, es decir, también que los malhechores estarán en minoría. Si la higiene moral se encuentra ayudada por otros medios que fortifiquen el espíritu, éste se acercará al sublime ideal de la suprema felicidad. Al contrario si las dudas, las negaciones, el escepticismo, en suma, lastiman con tocos bu-

ril las celdillas nerviosas, las funciones psicológicas pertenecerán á la patología y no á la fisiología moral, y es porque entonces las impresiones son causas muy eficientes para producir afecciones malignas del sentido moral, y así como la acción continua de las causas morbigenas sobre el cuerpo, determina estados morbosos crónicos, tanto más rebeldes á la medicación cuanto menores son las resistencias que la naturaleza opone á la potencia de las causas, que si obra indefinidamente, la enfermedad se hace inveterada; así la perversidad, estado morbo del espíritu, es un mal crónico que casi siempre es inveterado é irremediable.

Que entre todos los actos que atacan á la moral, el suicidio es el más repugnante á la naturaleza, lo prueba ese horror que tienen todos los seres animados á la muerte, á la disolución de su materia. ¿Y quién es el que atenta contra su vida más que el hombre? pero no cualquier hombre sano de alma, sino sólo aquel que degenera de lo que es natural, y esta degeneración proviene de las falsas concepciones que tienen todos los que por diferentes causas caen en errores concernientes á la justicia divina, ó en el ateísmo, y aunque es verdad que no todos los escépticos ni todos los impíos se matan, también es cierto que en estas clases de personas es en donde se encuentra la mayor propensión al suicidio, porque los que piensan así, no tienen la retentiva del temor á la desgracia suprema y sin fin. Ese acto repugnante á la naturaleza se comete precisamente porque es consecuencia de un modo de ser psíquico, repugnante también á la naturaleza, la que alaba y se somete al mismo tiempo á la Suprema Causa de todo lo bueno. Es pues, el suicidio, una de las más grandes ofensas que se hacen al Autor de la vida que al prestársela á un sér lo obliga á la gratitud y á cumplir con los fines para que fué creado; y como durante todo el tiempo de la existencia, cada uno de los hombres está en aptitud de contribuir con sus actos á la consecución de lo bueno tanto para sí como para sus semejantes, abreviar voluntariamente la vida es revelarse en contra de la voluntad de quien concede el tiempo para ser bien aprovechado. Por lo mismo, sólo es capaz de cometer ese crimen detestable aquel que no creyendo ni temiendo como debe creer y temer, considera que al dejar de existir, terminan las penas y los males, y procura, por tanto, obtener el descanso de la nada.

Siendo hasta cierto punto consecuente con el modo de pensar de los

escépticos y de los impíos el suicidarse cuando padecen, es inconcuso que todo lo que pueda ser obstáculo para el goce ó lo que sea causa de dolor deben ser motivos poderosos, si no son de fácil remoción, para determinar el suicidio. Pero es de tener en cuenta que no solamente la predisposición es la responsable del crimen nefando: son cómplices todas las causas hijas de la incredulidad. La literatura, si es que así puede llamarse, que produce las novelas en las cuales figura el suicidio como solución necesaria de una trama imposible ó extremadamente difícil de desenredar si no es por medio de ese acto; los dramas y tragedias declamados ó cantados, que conmueven el ánimo con argumentos en los cuales sólo cuentan sus autores lo mismo que los novelistas para producir efecto, golpe mejor dicho, en el auditorio, el suicidio como un desenlace necesario son los determinantes de la *melancolia anglica*.

Del modo de obrar de estas causas determinantes, proviene en gran número de casos el que los suicidas demuestren que han aprendido la lección que les han enseñado la novela y la tragedia, y por eso mucho se afana el degenerado en que su historia parezca novela y entre tantos casos que ha habido con esta circunstancia característica, se pueden señalar por lo reciente á los que tomaron cianuro en el Hotel de Viena y de hace años el de un sombrerero que sin saber por qué, se suicidó, y para explicar su acto, es razonable suponer que las novelas produjeran una sugestión poderosa sobre el alma de ese infeliz. Me permitiréis que lo más brevemente que pueda relate lo que aconteció con el señor U, que es el sombrero á que me he referido: en una prosperidad premio de trabajo, vivía el industrial; tuvo que hacer un viaje á Alemania, su patria, tanto para visitar á su anciano padre, como para aumentar sus relaciones comerciales; al mismo tiempo que él, se embarcaron tres amigos suyos que iban también á Alemania por sus negocios; les fué muy satisfactorio regresar juntos á México y para celebrar esta circunstancia, antes de entrar á bordo se reunieron á cenar en un departamento aislado de una fonda en Hamburgo. Cuando estaba para terminar el pequeño banquete, le ocurre á uno de los amigos proponer que si seguían acrecentando sus capitales, habían de celebrar esta prosperidad con otro banquete que había de tener lugar en la misma fonda y en la misma fecha, el año siguiente; todos aceptaron con entusiasmo la proposición, pero cuando ninguno lo esperaba U. dijo: "es posible que alguno de nosotros muera en el período de un año: si por desgracia aconteciese, lo

que es posible, prometamos que los que sobrevivan han de traer las cenizas del difunto en una urna que ocupará durante la cena el sitio en el cual hoy está sentado el que sucumbiere," Todos juraron que habían de hacer, en caso de un fatal acontecimiento, lo que se había propuesto. Dos meses antes de la fecha aniversario del banquete de que he hablado, U. se suicidó y antes de matarse hizo su testamento, escribió á sus amigos suplicándoles encarecidamente cumplieran con el compromiso contraído en Hamburgo, escribió también al Juez que había de conocer del suicidio, rogándole permitiera que se hiciera la incineración de su cadáver; el Juez no tuvo inconveniente y dispuso que los que entonces éramos médicos de cárceles, practicáramos la cremación, la que con muchos trabajos, por carecer de los medios apropiados, verificamos el señor Dr. Francisco Cordero y Hoyos y el suscrito. Entregada que fué la urna á los amigos de U. partieron para Alemania y en el día fijado desde un año antes tuvieron el valor de cenar en presencia de las cenizas de su amigo. La relación cargada de detalles que todos los diarios de la Capital dan á las pocas horas de haber tomado conocimiento la policía, cada vez que hay un suicidio, es leída con avidez por el público y los decepcionados, los que tienen ya las celdillas nerviosas por la predisposición que he señalado en aptitud para ser agitadas por sugerencias que tienen relación con el estado moral del paciente, no necesitan más para determinar el complejo movimiento de corrientes de fluido nervioso que van y vuelven de unas regiones del cerebro á otras donde se encuentran los órganos necesarios para que el espíritu juzgue, ame ú odie, que una contrariedad rompa la cuerda ya muy tendida por la predisposición.

Hubo un tiempo en el cual los patologistas difirieron en opinión respecto de la propagación de las neurosis y confundieron en una misma clase la tos ferina con la histeria, corea, etc., respecto de las causas predisponentes; unos creían en la emisión de emanaciones nerviosas y otros no veían otra causa en las neurosis que se extendían de una manera epidémica que la imitación que era la principal causa determinante, así los convulsionarios, los histéricos, sirvieron para demostrar la eficaz influencia de la imitación. Hoy que se explica con mayor probabilidad de certidumbre, la facilidad con la cual son tocados eficazmente los que están marcados por la nerviosidad heredada ó adquirida, por una causa que no tendría efecto en los que se encuentran libres de la predisposición,

no llama la atención como efecto de imitación con exclusión de otras causas, la neurosis que estalla en un individuo que está bajo la influencia que obra sobre el vecino; pero no debe despreciarse el poder que tiene sobre la imaginación el padecimiento que se ve cerca de uno, sobre todo en los hipocondríacos, en los cuales es más notable la predisposición á recibir con resultado nocivo la impresión de la vista que teme el hipocondríaco. La razón es que los elementos nerviosos que presiden á las sensaciones internas, se subordinan á las celdillas fuertemente impresionadas por todas las causas que han influido sobre la imaginación del hipocondríaco. Por analogía podemos decir que las noticias de suicidios son causas determinantes poderosísimas del mal que deploramos, en todos los que están en disposición, por su modo de ser moral, para moverse en el sentido de la impulsión dada. En la prensa creo se encuentra una considerable eficacia como agente de la propagación de la plaga por ser las noticias referentes á ésta, exitantes poderosísimos para determinar el crimen, en los innumerables predispuestos. En 1870 presenté un trabajo á la Sociedad Médica "Pedro Escobedo," sobre algunas de las causas de las neurosis, tocando en él el punto de la etiología del suicidio; manifesté entonces el deseo que tenía de que los periódicos se abstuvieran de dar á conocer los casos de suicidio; publicado tal trabajo en el órgano de la Sociedad, "El Monitor Republicano" reprodujo la parte que se refería al suicidio, proponiéndose no volver á publicar ninguna noticia sobre este punto y recomendando á sus colegas imitaran esta conducta; efectivamente, por un período de tres ó cuatro meses se abstuvo dicho periódico de contribuir á la propaganda; pero la tentación de referir lo sensacional es muy poderosa para el gacetillero, por lo cual pronto olvidó el Monitor su propósito. Mas hay otra circunstancia de grave consideración en el asunto, es que el estilo que se usa para anunciar los suicidios, es muy propio para que el vulgo vea este acto indigno bajo todos conceptos, de alabanza, como muy natural y fatalmente necesario en muchos de los accidentes de la vida y sin darle el color propio, sino aquel que lo hace pasar sin el apelativo de crimen ó delito. Es necesario obrar de otra manera, la sociedad debe extirpar las impresiones pésimas muy arraigadas por medio de otras que afecten profundamente producidas por una moral irreprochable. ¡Oh! si todos aquellos que están en riesgo de matarse por estar influidos poderosamente por las pasiones determinantes del suicidio se les infundiera

en el ánimo que la sociedad aborrece, desprecia ese crimen, si además del desdén se le diera un tinte de ridículo, mucho se había de conseguir mientras no se tenga la fortuna de que cambie la moral en una considerable porción del pueblo en el sentido religioso, ¿por qué no lo hemos de decir alto en una academia científica, puesto que la religión es el radical remedio y el verdadero profiláctico de los males que enferman el alma? Al ridículo temen tanto los hombres débiles, y débiles son los que se matan, que ante su amenaza reniegan muchos católicos de sus creencias, á pesar de tener un convencimiento íntimo de la verdad, y mucho se ha repetido que la burla es el arma más poderosa para vencer á los timoratos tentados por el amor propio. ¿Cuántos de esos suicidas no habrían sido capaces de robar, de embriagarse, de prostituirse, por estar arraigados en ellos el horror á la maldad y el terror á la deshonor y que no habrían soportado la menor mancha en su reputación? Sin embargo, se han matado porque no juzgaron que era crimen el suicidio y ha habido quienes esperan bienaventuranza y se encomiendan á Dios antes de morir, y esta aberración del sentido moral proviene de la supina ignorancia en que están, aun los que pasan por sabios é instruidos, de quién es Dios, que no es por más que quieran, como se lo figuran.

¡Si laureados poetas, si eminentes artistas, que han sido honrados hasta el heroísmo, hubieran comprendido que el crimen que los precipita en la eternidad había de ser la única pero horrible mancha que haría repugnante su memoria, que la sociedad había de compadecerse de ellos con la lástima que se tiene á los ajusticiados que pagan con la vida sus delitos, habrían aquellos desdichados continuado su peregrinación por la tierra, tanto más honrados cuanto más hubieran combatido con la esquivada fortuna! ¡Hubiera quien con graciosa y aguda crítica acabara con la literatura que se ocupa en hacer novelas y tragedias que por fuerza han de tener como único y obligado recurso para producir efecto al suicidio, como lo hizo Cervantes con la que se ocupaba de las historias de la andante caballería, ¡cuánto tendría que agradecerle la humanidad!

México, Mayo 17 de 1899.

JOSÉ OLVERA.
